

den menos de retirarse y esperar la muerte como Lospital, que escribe á su hija (1): «Veó bien la tempestad. Ayuda con todos tus medios á la salvacion de tu madre, de tu marido, de tus hijos, á la tuya propia, pues no creo que haya gran necesidad de que te cuides de mí.»

III.—Incoherencia de la diplomacia francesa

Se enreda de tal manera ahora la maraña de las intrigas que en breve no podrá ya escarmentarla la mano de Catalina. Se ve á la reina de Francia mendigar á la vez felicitaciones y ofrecer justificaciones sobre el hecho del 24 de agosto; encarnizarse á Carlos IX con maléfica puerilidad en completarlo, y á ambos á dos continuar las negociaciones para la eleccion de Enrique de Valois por rey de Polonia, y para la continuacion de la alianza protestante contra España con los Nassau y los príncipes luteranos de Alemania. Estos manejos contradictorios é indignos ofrecen el más triste espectáculo que haya dado jamás una diplomacia en la agonía.

«Hijo y señor mio, escribe Catalina á Felipe II (2), no tengo ninguna duda de que sentireis la misma satisfaccion que Dios nos ha dado ofreciendo al rey mi hijo ocasion de deshacerse de sus súbditos rebeldes á Dios y á él mismo y haciéndonos la gracia de preservarnos á todos nosotros de la crueldad de sus manos, por lo cual creemos firmemente que alabareis á Dios con nosotros, así por el bien particular nuestro, como por el que resultará á toda la cristiandad y al servicio y honor y gloria de Dios.» Al recibir esta carta, Felipe II que sabia los hechos de tres días ántes, y no habia hablado de ello con Saint-Gouard, nuestro embajador, no creyó útil tenerlos secretos por más tiempo.—Este hecho, escribe Saint-Gouard (3), ha sido tan acepto al señor Rey, como se puede pensar, siendo tan favorable á sus negocios. Aunque es el príncipe que en el mundo sabe más disimular todas las cosas, no ha podido ocultar el placer que ha recibido de ello, cuanto más que este placer le venia del bien que reci-

(1) El 25 de agosto de 1572, carta publicada en la Revista de los doc. hist. 1878.

(2) El original se halla en Ms. Arch. nac. K. 1530, Museo, n.º 702 con la fecha del 28 de agosto. La traduccion castellana hecha por Felipe II, está en Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 21, con la fecha del 24 de agosto, evidentemente inexacta. La noticia llegó á España el 7 de setiembre con la carta de Zúñiga, y el rey la tuvo en secreto: la carta de Catalina del 28 de agosto debió de llegar el 12 de setiembre; hasta este día no supo el hecho Saint Gouard (Ms. Bibl. nac. 16104, folio 55, y 16105, fol. 59 y 60) y lo comunicó al rey que lo sabia al mismo tiempo por aquella carta. Le enviaba de Paris el 28 de agosto el *seguero Montaigne* con todas las cartas.

(3) Ms. Bibl. nac. 16104, fol. 58, Saint Gouard á la reina madre.

bian de ello sus negocios que veia perdidos sin remedio; ha hecho creer á todo el mundo que se holgaba del buen éxito que V. M. habia tenido en tan altas empresas, ahora alabando á vuestro hijo por tener tal madre, que tan bien lo ha guardado en su tierna edad, ahora alabando á la madre de tal hijo, la cual con tanta paciencia y prudencia ha sabido executar cosas que traen tanto bien á toda la cristiandad.—

Imposible comprender ni explicar mejor ni con más libertad la enormidad de la falta cometida. El duque de Alba apreciaba en términos casi idénticos esta violenta accion de los Valois contra los intereses de Francia: Estas cosas, decia (4), vienen tan oportunamente en esta coyuntura para los negocios del rey nuestro señor que no podría ser más. Pero Catalina no habia llegado aún al arrepentimiento y se congratia de los elogios que le dirigia Felipe II «por un hecho de tanto valor y prudencia, y de tanto servicio, gloria y honra de Dios, y universal beneficio de la cristiandad. Fué para mí (5) la mejor y más alegre nueva que al presente me pudiera venir, y por me las aver scripto V. M. la beso muchas veces las manos.»

El día siguiente, como si temiera no haber expresado bien su entusiasmo en esta carta, escribia el rey á su embajador Zúñiga (6): «Tuve uno de los mayores contentamientos que he recibido en mi vida, y el mismo recibiré de que vais escribiendo lo que más succedere, y señaladamente lo que se haga en las otras villas y partes desse reyno, que si se executa como ay será echar el sello al negocio. El primer aviso fué el vuestro, y así lo mandé al embaxador desse rey y él vino á mí y le recibí con la demostracion de alegría que el caso requería. Visidad de mi parte á la reyna madre significándola la grande alegría y contentamiento que he tenido de un hecho tan notable y de tanto servicio de Dios y beneficio universal de la cristiandad y particular del rey mi hermano y de su corona, y de que á ella redundan en el presente y siglos venideros tanta gloria y estimacion.»

Embriagada ya Catalina con felicitaciones tan explícitas por parte de este yerno, tan circunspecto de suyo, no fué dueña de sus nervios cuando vió al otro yerno, Enrique de Navarra, presentarse en Vísperas en la capilla de la orden de San Miguel. «Quando fué el de Bearn

(4) *Bolet. Acad. R. de Bélgica*, tom. IX, 1.º pag. 561, el duque de Alba á Beauvois.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 49, del 17 setiembre 1572.

(6) *Ibid.*, pieza 53.

estuvo la reyna madre levantada, mirándole con atencion, y que él havia acabado sus reverencias y metido buen ayre en ellas, así en las que hizo al altar como á las damas, volviöse la reyna madre á los embajadores con muy gran risa» (1). Fullería de las calaveradas y de los triunfos efimeros que engañan á los más taimados. En la misma hora en que Catalina se creia libre de insultar á las víctimas, no se dejaban ya engañar ni siquiera el Papa, ni siquiera Felipe II. «El Papa, decia el nuncio de Paris (2), avia mandado hacer procesiones por lo acaecido aquí del almirante y sequaces, y que se espantava dello, aunque él avia tenido culpa de averle avisado tarde, porque no entendió quando mataron á estos ugonotes que lo avian hecho sino por la religion, y que despues entendió que se avia executado en ellos por deshacerse de sus enemigos y quedar á cavallo sin tener ningun contrario en su reyno y que este aviso llegaría tarde.»

En cuanto á Felipe II, descubria ya en la matanza de los hugonotes una ocasion propicia para enemistarnos con Inglaterra: su cancellería habia redactado ya un proyecto en estos términos (3): «Dais á entender (á Zúñiga) que buscávides ocasion para hablar con el embajador de Inglaterra con fin de procurar de indignarle más contra esos chmos. reyes y atraerle á que por esta vía, la reyna su ama se aparte dellos y vuelva á nuestra amistad.» Felipe borra de su propia mano esta frase y escribe al márgen: «El indignarlos á Ingleses y Franceses no es malo y está bien el que lo haga y lo debe adelantar como agora. El que no conviene es pretender de juntarme á my y á Ingleses.»

Así, pues, subsistia el odio contra nosotros bajo los más calurosos testimonios de admiracion y afecto. A este odio sucedió muy en breve el desprecio.

Los pasos intentados por Carlos IX con insana terquedad para que el duque de Alba inmolará á los franceses que quedaban prisioneros por la derrota de Genlis y á los que se defendian aún dentro de los muros de Mons, no podian menos de parecer deshonorosos á los ojos de los españoles. Comenzaron estas gestiones por una extraña carta que desfiguraba los acontecimientos, que reconocia las órdenes enviadas para que se generalizara la matanza por toda Francia, que exigia que los prisioneros

(1) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 72, Zúñiga al rey, 29 setiembre de 1572.

(2) *Ibid.*, pieza 61, Zúñiga al rey, 22 de setiembre.

(3) *Ibid.*, pieza 66.

franceses fueran ejecutados é insistia en que se continuaran las relaciones secretas con el príncipe de Orange (4). Héla aquí: «Mr. de Mondoucet, dice Carlos IX, yéndose del Louvre el almirante á su casa á comer, le hubieron de tirar desde una ventana de una casa un arcabuzazo. Desconfiando los de su faccion que se hiciera justicia del dicho atentado y sin tener paciencia de ver y conocer los efectos de mi intencion, deliberaron tomarse ellos mismos la venganza; de manera que para evitar la ejecucion de tan perniciosa empresa, me he visto precisado á permitir y dar medios á los Guisais de ir al almirante, como lo han hecho, habiendo sido muerto el almirante y todos sus adherentes. Y como esta ejecucion fué acompañada de una conmocion popular, gran número de los de la nueva religion que habia en esta ciudad han sido muertos y hechos pedazos, siendo creible que este fuego así encendido irá corriendo por todas las ciudades de mi reyno, las cuales, á ejemplo de lo que se ha hecho en esta ciudad, se asegurarán de todos los de la dicha religion. Ahora bien, Mr. de Mondoucet, en tales cosas hay que tener cuidado inmediato de todo acontecimiento. Yo no deseo que el duque de Alba envíe á mi reyno á los que hizo prisioneros en la derrota de Genlis, ni que deje que se escapen los otros que están dentro de Mons encerrados por él. Porque ya que Dios se ha servido conducir las cosas á los términos en que están, no quiero malograr la ocasion de traer un perpetuo sosiego á mi reyno y servir también á la cristiandad. Mantendreis con astucia vuestra inteligencia con el príncipe de Orange á fin de no darle ocasion de abandonar las empresas que intenta por ahí, y venga á intentar otras á mi reyno en ayuda de los de la nueva religion. Es preciso que obreis con mucha prudencia para no soltar prenda que os obligue y haga conocer al duque de Alba que continuais las relaciones con el dicho príncipe de Orange. He escrito á todos los gobiernos de mi reyno para que junten fuerzas y vayan contra los que quieran levantarse contra mi voluntad.» Como Saint-Gouard, el honrado Mondoucet hace notar friamente que se ha trabajado para nuestros enemigos y que con razon hacen cantar un solemne *Tedeum* en Bruselas por la dicha y prosperidad que tales cosas traen á sus negocios (5). Pero

(4) *Bolet. Soc. R. hist. de Bélgica*, tom. IV, de 1852, pag. 342, conforme con Ms. Bibl. nac. fond. Saint Germain, Carlos IX á Mondoucet, enviado francés cerca del duque de Alba, 26 agosto 1572.

(5) *Ibid.* Carta del 20 de agosto. Saint Gouard habia escrito ya que la matanza podia decirse que no se habia hecho sino en beneficio

Cárlos IX no escucha nada: el mismo día en que escribe dos cartas á Mondoucet sobre el asunto (1), insiste personalmente con Zúñiga para que advierta al duque de Alba «que de ninguna manera debe dejar que vuelvan á Francia los que retiene prisioneros, pues sería causarle un grave perjuicio» (2). A Mondoucet le dice: «Tendría el mayor pesar si el duque no se hiciera dueño de Mons, y mucho más si fuera para enviármelos y que volvieran á mi reino. Importa grandemente para el servicio de Dios que los que están dentro sean pasados á cuchillo. Direis al duque que está en su mano dar á conocer que prefiere el servicio de Dios y el bien de la cristiandad á todo otro respeto, habiendo en sus manos á muchos de mis súbditos rebeldes y el medio de tomar á Mons y castigar á los que hay dentro. Si os contesta si ha de ser en secreto lo de dar muerte á los prisioneros y pasar á cuchillo á los de Mons, le direis que es lo que debe hacer, y que haría un gran daño á él y á toda la cristiandad si obrara de otra manera. Sobre todo es preciso tener esto secreto y no hablar al dicho duque sino como si saliera de vos mismo, sin que nadie sepa que yo os lo he prevenido.»

Estas excitaciones al asesinato fueron escuchadas al principio con paciencia por el duque de Alba.—Me quedan ya pocos prisioneros entre manos, dice, y cada día despacho algunos de ellos.—El rey de Francia, replica Mondoucet (3), tendría motivo de queja, si los dejarais escapar.—Después llegan á hacerse las instancias tan porfiadas, que el mismo duque de Alba siente repugnancia: no es ya sólo Mondoucet el que gestiona, sino el mismo Zúñiga, que dice con arrogancia: «... Y también les asegura á madre y hijo de que Janlis y consortes no vernian más á este reyno á inquietarlos» (4). Y sobre todo Saint-Gouard: este embajador debe suplicar á Felipe II que envíe órdenes á Flandes. «De la deshecha de Genlis, se ve obligado á decir, han quedado muchos gentiles-hombres en poder de los ministros de V. M. que son de esta facción y que podrían hacer mucho mal, si estuviesen en libertad, y también los que están en la villa de Mons, los cuales son conocidos por los más facciosos de los Países Bajos.» (El rey pone al margen: En esto de Genlis y Mons

de los negocios de este rey (de España). Ms. Bibl. nac. 16105, p. 59.

(1) Bolet. Soc. R. hist. de Bélgica. El 31 de agosto.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 29. Carta del 31 de agosto, Zúñiga al duque de Alba.

(3) Com. R. de hist. de Bélgica, año 1853, tom. V. conf. con Ms. Arch. Reims.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 39, Zúñiga al duque de Alba.

el efecto ha mostrado que la respuesta que el duque de Alba dió á Mondoucet, que le habló en lo mismo por orden del rey christianísimo, fué bien conforme á lo que pensaba hacer.) «Por tanto, continúa Saint-Gouard, el mayor servicio que se puede hacer á la cristiandad es tomar la dicha villa de Mons y ejecutarlos (5), que vuestra Majestad mandara y escribiera muy expresamente al duque de Alba que por estas consideraciones no dé libertad á los presos de la deshecha de Genlis que tiene en manos, porque sería fortificar otro tanto á los comunes enemigos, los cuales jamás han guardado fe alguna, como es la costumbre de todos los herejes» (6).

Esta inoportunidad apuró, en fin, la paciencia del duque de Alba. «Mondoucet, dice (7), el hombre que aquí tienen esos reyes, me ha dicho de su parte que me piden que en ninguna manera del mundo yo me acuerde de los franceses que están dentro de Mons: háme parecido la más insolente demanda que se ha hecho jamás á nadie.» Y da una contestación que obliga á Mondoucet á la más deshonrosa confesión (8): «Que él debía escribir á sus amos que enviasen á mandar á los franceses que están en Mons vayan á buscarlo y así tendría su ciudad.—Yo le dije que V. M. podría dar de muy buena voluntad este mandato, pero que era de creer por las razones que él sabía, que no se quisieran fiar, queriendo más bien morir dentro.» Cárlos IX entonces vuelve á la carga con Zúñiga y le hace escribir al duque: «Que también holgaría que V. Exc. correspondiese á hacer de aquellos como él había hecho de los que tenía aquí, porque en Mons avia xx ó xxx belitres que podrían volver á inquietarle el Reyno» (9).

Pero á estas horas en que fingía rendirse á las obsesiones de Cárlos IX, sabía Zúñiga á qué atenerse sobre sus protestas de abnegación á la causa católica, como quiera que estaba informado por el fiel Gondí de las negociaciones que continuaba con el príncipe de Orange y los luteranos de Alemania. El genovés Galeazzo Fregoso recorría la Alemania en nombre de Catalina, al mismo tiempo que Schonberg en nombre de Cárlos IX, para disculparse y renegar de la matanza de la noche de San Bartolomé y para

(5) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 45 y 46.

(6) Ms. Bibl. nac. 16104, piezas 55 y 56.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 47. Alba á Zúñiga, del 16 de setiembre.

(8) Ms. K. 1530, pieza 47. Esta conversación es referida en términos idénticos y simultáneamente al rey de Francia por Mondoucet (Ms. de Reims) y á Zúñiga por el duque de Alba.

(9) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 59 (Zúñiga al duque de Alba).

continuar los proyectos de una coalición con los protestantes contra España (1). No contento con traicionar á sus huéspedes del Louvre y á los hugonotes de Francia, y á los soldados enviados por él á los Países Bajos, Cárlos IX traicionaba igualmente al rey de España.—Esto no es peligroso, decía desdeñosamente Zúñiga: por más que busquen alianzas, ni Inglaterra ni Alemania tendrán nunca confianza en ellos (2). El mismo emperador, el suegro de Cárlos IX, no podía ocultar su repugnancia ante estas hipócritas disculpas. Vulcob, nuestro embajador en Viena, nos lo dice (3): «No os debo ocultar, Sire, que el emperador me ha mostrado tener alguna opinión diversa de lo que yo le he hecho entender.»

Así, ni Catalina ni su hijo tienen animosidad contra los protestantes, y quieren que Schonberg, su agente en Alemania, lo haga entender bien (4). «Atendereis á no dejar entrar en el entendimiento de los príncipes que lo que se ha hecho con el almirante y sus cómplices ha sido en odio á la nueva religión, ni para su extirpación, sino sólo en castigo de la conspiración que habían tramado.» El más culpable de estos Valois, Enrique, tiene la desvergüenza de escribir de su puño y letra que el apoyo de Francia está siempre asegurado á los protestantes contra el rey de España (5). «Queremos, dice, abreviar las negociaciones más que nunca y hacer conocer á los príncipes que somos sus más seguros y perfectos amigos.» Acaso fuera de buena fe en esta clínica declaración y esperara aún llegar á ser el jefe de los que habían de invadir los Países Bajos. Pero antes bien ha de creerse que juzgaba necesaria esta mistificación para el buen éxito de sus proyectos sobre el trono de Polonia. El obispo de Valence, á quien encarga comprárselo con nuestro dinero, no le oculta el disgusto que ha suscitado su crimen. «Yo no soy ángel ni encantador, le dice (6); puesto que se tenía gana de ese reino, se podía y se debía haber evitado lo que se ha hecho.» Preciso es ya, pues, renegar de lo que acaba de hacerse, halagar á los luteranos alemanes, cortejar, cuando se invoca la religión para justificar asesinatos, al sultan Selim.—«Os ruego,

(1) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 61, del 22 de setiembre 1572.

(2) *Ibid.* pieza 42. «Con Inglaterra y aun con los príncipes de Alemania, los cuales jamás se fiaran destos.»

(3) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. IV, Suplemento, carta del 26 de setiembre de 1572.

(4) *Ibid.* pág. 12 del Suplemento, el 12 set. 1572, ménos de tres semanas después del acto.

(5) *Ibid.*

(6) Ms. Bibl. nac. quinientos de Colbert, VII, fol. 447.

escribe Cárlos IX á su embajador en Constantinopla (7), despleguéis en esto toda vuestra industria haciendo una obra maestra de vuestro oficio.» Porque el sultan Selim puede procurar votos en la elección de Polonia; Enrique de Valois lo sabe y halaga al Gran Turco como halaga á los luteranos (8).

Todavía hubiera sido menester tomar una decisión y no malograr tan humillantes intrigas: Schonberg no podía explicarse que se empleara tal y tanta doblez sólo por amor al arte. El signor Fregoso, escribe á Catalina (9), os habrá dado á entender lo que le he comunicado atento á los Países Bajos. No cabe dudar que vuestras Majestades sabrán aprovechar bien esta propicia ocasión. Señora, el sosiego del reino, la seguridad del Estado, la ruina del enemigo capital del rey, la estrecha y firme alianza de los príncipes de Alemania, la subversión de todos los designios de la casa de Austria y el colmo de vuestros deseos están en manos de V. M. y dependen de vuestra voluntad. Si dejais escapar esta buena presa desconfío de que podais ya nunca lograrla.»

IV.—Toma de Mons

Harto embarazado en Roermond el príncipe de Orange en medio de sus mercenarios alemanes, se creyó obligado á justificarse de haber dado fe, siquiera un momento, á las promesas de Francia. «Las apariencias eran tan grandes, dice (10), que lejos de haber achacado á ligera debilidad mía lo de darles fe, se me hubiera con razon inculcado de malignidad si hubiera aparentado siquiera tener alguna sospecha sinestra.» Seis días después de la matanza de San Bartolomé, envió de vanguardia á su teniente Bernardo de Merode, que fué bien recibido en Malinas. «¡Buena noticia! exclama el duque de Alba, al saber la defección de los burgueses de esta ciudad (11). Esto derechamente es permiso de Dios para castigar como se debe las maldades que hicieron en tiempo de Madama de Parma y de destrucción de las imágenes, que no deve permitir nuestro Señor que aquello se pasasse sin castigo.» El júbilo con que toma este pretexto de venganza muestra su animosi-

(7) Carta citada por el marqués de Noailles, *Enrique de Valois*, tom. II, pág. 244.

(8) Ms. Bibl. nac. Gaignieres, tom. DCXLVII, fol. 20. Los contemporáneos conocían este hecho y llamaban *Mameluco* al obispo de Valencia que se llamaba Montluc.

(9) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. IV, Supl. pág. 43.

(10) *Ibid.* tom. III, Supl. pág. 503.

(11) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 275.

dad contra los flamencos. «Las herejías destes, añade (1), están tan arraygadas que de los pies hasta la cabeza no ay hueso sano en este cuerpo dolorido. Todo se remediará con ayuda de Dios.» Bien comprendía que era empeño fácil desbaratar á los alemanes de Orange.

En efecto, luégo que estos fueron conducidos delante de las líneas de ataque de Mons, se negaron á entrar en combate. Un bávaro probó dar una carga con algunos jinetes al través de las trincheras, y «si los regimientos alemanes lo hubieran secundado, habrian podido hacer



Cárlos IX de Francia

(copia del retrato hecho por F. Clouet, pintor del siglo XVI.—Consérvase en la colección del duque de Aumale)

algo de efecto: entónces se comprendió que aquel ejército no haria nada á viva fuerza (2). El duque de Orange procuró á lo ménos molestar por el hambre á los españoles acampando muy cerca de ellos para interceptar sus comunicaciones; pero fué sorprendido en su campo de Jemmapes á media noche (3); y fué tal el espanto, que no estuvo ya en poder del prínci-

(1) Ms. Arch. nac. K. 1630, pieza 47.

(2) La Huguerye, *Memoias*, tom. I, pág. 136.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 41. Fué en la noche del 11 al 12 de setiembre.

pe retenerlos allí más tiempo» (4). El príncipe se vió obligado á abandonar á su hermano, que defendía las murallas de Mons, «despidió á sus lansquenets que no valian nada, sin que valieran más sus hombres de á caballo, y fueron la causa principal de una retirada tan súbita» (5).

La inferioridad de la gente que reclutaba es una excusa para cohonestar los continuos descalabros del príncipe de Orange, á quien con la

(4) La Huguerye.

(5) Com. R. hist. de Bélgica, 1853, Mondoucet á Cárlos IX.

excusa y sin ella se considera como un mediano hombre de guerra: como su nieto, el rey Guillermo de Inglaterra, llevó sobre sí la singular fatalidad de tener que mandar continuamente ejércitos y ser casi siempre batido sin adquirir nunca las cualidades del caudillo.

Algunos dias despues de la dispersion del ejército de socorro, el conde Ludovico y La

Noüe obtuvieron, obligados por el hambre, una capitulacion (1). Hubiérase dicho que el duque de Alba se habia súbitamente poseido de sentimientos generosos: no sólo autorizó á los vencidos á retirarse libremente con sus armas, sino que tambien tomó medidas para que se observaran estrictamente las condiciones estipuladas, «de tal manera que habiendo sucedido que un



Isabel de Austria, mujer de Cárlos IX de Francia
(copia del retrato hecho por Pedro Porbus, muerto en 1584)

granuja le quitara el sombrero á uno de los sitiados que evacuaban la ciudad, el señor de Noircarmes lo traspasó con su espada dejándolo muerto en medio los campos» (2). No era deferencia al conde Ludovico, porque Alba escribía el mismo dia al rey de España (3): «Demás del servicio de Dios y de S. M., cierto, por odio mio particular que yo tengo con este hombre, holgara mucho de pasar por todas las otras cosas, por poderle retener captivo.» Pero quiso con esta ostentacion de clemencia protestar

(1) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 60, Alba á Zúñiga. El 21 de setiembre de 1572.

(2) La Huguerye.

(3) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 281.

contra la matanza de San Bartolomé que consideraba «cosa furiosa, ligera y no pensada» (4). Hizo grandes honores á La Noue y admiró mucho su valor y virtud; saludó tambien á todos los capitanes y soldados franceses muy cortésmente (5), á los que Cárlos IX recomendaba con tanto empeño para que los pasara al filo de su espada; les declaró que deploraba la suerte del almirante; confesaba haber mirado siempre con recelo su entrada en el país de su amo, y que más quisiera que le hubieran cortado los dos bra-

(4) Ms. Bibl. nac. 16104, pieza 83, Saint Gouard á Cárlos IX, del 15 nov. 1572.

(5) Brantome, tom. I, pág. 148.